

Rodó: periodismo y viaje intelectual

Rodó: journalism and intellectual journey

Inés de Torres*

* Doctora en Literatura y Cultura Latinoamericana (Universidad de Pittsburgh, EUA). Docente e investigadora de la Facultad de Información y Comunicación (Universidad de la República, Uruguay). Integra el Sistema Nacional de Investigadores (nivel II).
✉ idetorres@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-1899-5707>

RECIBIDO: [25.3.2019]

ACEPTADO: [3.6.2019]

Resumen

Las corresponsalías europeas de escritores latinoamericanos para órganos de prensa del continente formaron parte de las prácticas culturales propias del desigual proceso de profesionalización del escritor en América Latina desde fines del siglo XIX. Por un lado, las corresponsalías permitieron que varias plumas de prestigio consolidaran o acentuaran su relación con el periodismo y, por otro, permitieron al escritor participar en la cultura tanto del viaje en sí mismo como de lo que Colombi (2004) denomina, citando a Paul Groussac, *el viaje intelectual*. En este artículo se discute en primer lugar el alcance de algunas de estas categorías de análisis (viaje intelectual, corresponsalía letrada, formación del campo intelectual) para luego centrarse en el estudio del viaje de José Enrique Rodó a Europa en 1917 como corresponsal de la revista argentina *Caras y Caretas* a la luz de este marco conceptual.

Palabras clave: viaje al extranjero, flujo de noticias, periodismo, literatura.

Abstract

The development of professional writing in Latin America went through an unequal process since the late nineteenth century when, among other cultural practices, press corps of the continent appointed writers as European correspondents, thus allowing several prestigious ones, on the one hand, to consolidate or accentuate their relationship with journalism and,

on the other, to participate in the culture of both the journey itself and what Colombi (2004) calls, quoting Paul Groussac, *the intellectual journey*. This article discusses the scope of some of these analytical categories (intellectual journey, literate correspondents, formation of the intellectual field) and then focuses on the study of José Enrique Rodó's trip to Europe in 1917 as foreign correspondent of the Argentinian magazine *Caras y Caretas*, within this conceptual framework.

Keywords: travel abroad, news flow, journalism, literature.

Introducción¹

A diferencia de Europa, donde la profesionalización del escritor se dio ya desde mediados del siglo XIX, el proceso en América Latina tuvo ritmos e inflexiones propios de su condición periférica, que fueron a su vez diferentes en cada país o región de acuerdo a las características propias en las que se dio la constitución del campo literario.² Este artículo aborda una de las prácticas específicas de los escritores en ese proceso: la de las corresponsalías realizadas por escritores latinoamericanos durante sus viajes a Europa para órganos de prensa de nuestro continente. Más específicamente, se centra en las crónicas escritas por José Enrique Rodó (1871-1917) como corresponsal de la revista argentina *Caras y Caretas* en el viaje que emprendió en julio de 1916 y que culminó con su inesperada muerte en Palermo el 1 de mayo de 1917.

Mucho se ha escrito sobre la importancia del *viaje intelectual* como experiencia decisiva en los escritores latinoamericanos, así como sobre la importancia de la crónica (en especial a partir de la crónica modernista) como un espacio intermediario entre la literatura y el periodismo. En efecto, por un lado, el viaje a las metrópolis europeas o estadounidenses constituyó un ritual obligado para quien quisiera convertirse en un escritor o intelectual, o para quien ya hubiera logrado su consagración como tal. Por otro lado, mirado desde la perspectiva de la profesionalización del escritor, el ejercicio del periodismo no solo fue una forma de supervivencia, sino de enriquecimiento y renovación de la prosa, y muchas veces la crónica fue el vehículo elegido para este ejercicio.

Sin embargo, la crítica no se ha detenido lo suficiente sobre la corresponsalía como categoría específica, en cuanto espacio de escritura con características propias, de los escritores latinoamericanos para periódicos latinoamericanos. Si bien muchas veces las corresponsalías revisten en su factura, en efecto, la forma de la crónica, exis-

1 Una versión preliminar y breve de esta investigación ha sido publicada en *Hispanérica, Revista de Literatura*, año XLVII, n.º 141, 2018.

2 Algunos de los estudios fundacionales sobre este tema son Rama (1970 y 1984), Ramos (1989) y, para el caso del Río de la Plata, Altamirano y Sarlo (1983).

ten especificidades que deben ser analizadas a cabalidad, ya que arrojan luz sobre aspectos sustantivos que señalaremos.

Esta especificidad está pautada prioritariamente por las circunstancias de enunciación y de lectura de las corresponsalías. Las corresponsalías están acotadas por un protocolo determinado por las demandas de la prensa: plazos, extensión, temas que capten el interés del lector. A su vez, plasman la mirada de un escritor latinoamericano sobre cuestiones no latinoamericanas para un público latinoamericano. Finalmente, se escribe no solo desde un lugar diferente, sino a veces desde una lengua diferente, por lo cual se deben realizar operaciones de *traducción* de esa realidad para *hacerla inteligible* a una comunidad de origen (Colombi, 2004).

El viaje intelectual de Rodó

En julio de 1916, José Enrique Rodó emprendió finalmente su añorado viaje a Europa. Su propósito era visitar primero Lisboa, España, el sur de Francia, Italia y Suiza, para luego radicarse una temporada en París. No llegaría, sin embargo, a coronar su travesía en la ciudad luz: murió en Palermo, víctima de una enfermedad, el 1 de mayo de 1917. A pesar de que en aquel momento Rodó era sin duda uno de los intelectuales latinoamericanos de mayor proyección en el continente, no viajó, como algunos de sus coetáneos, enviado por el Estado ni por la prensa de su país, sino como corresponsal de la revista argentina *Caras y Caretas*.³ Este artículo se propone indagar las características del *viaje intelectual* de Rodó, desde el punto de vista de las condiciones materiales y simbólicas que hicieron posible su viaje a Europa, esto es, su relación en cuanto intelectual con la prensa de masas.

Como la mayor parte de los escritores modernistas, Rodó ejerció el periodismo desde temprano. Sus artículos relativos a la función del periodismo y la prensa insisten con una firme convicción en la importancia de la prensa en la vida de la *polis* y enmarcan esta actividad en una perspectiva republicana y liberal. Sin embargo, como sostiene Ainsa, Rodó ejerció el periodismo por vocación, pero también por necesidad (Aínsa, 2000, p. 80). A diferencia de otros escritores de su generación, Rodó no contaba con un capital familiar que le permitiera vivir holgadamente. Si bien fue educado en un hogar de clase media acomodada, la enfermedad y la posterior muerte de su padre en 1885, cuando él tenía 14 años, hizo que ya en 1883 tuviera que abandonar el colegio privado al cual asistía para inscribirse en la escuela pública, y trabajar primero como amanuense en el estudio de un escribano en 1885, luego en 1891 como administrativo en

3 Las crónicas escritas en Europa fueron publicadas póstumamente con el nombre *El camino de Paros*, elegido por el autor español de la primera edición.

un banco (Rodríguez Monegal, 1967, p. 21) y posteriormente en la oficina de avalúos de la guerra (Rodríguez Monegal, 1967, p. 29). En 1898 fue nombrado catedrático de Literatura. Alternaría su función docente con su función parlamentaria, ejercida a lo largo de tres períodos (1902-1905; 1908-1910; 1911-1914). Al ser elegido para su segundo período abandonó la corresponsalía que había aceptado para *La Nación* en 1907. No obstante, buscó otras formas de aumentar sus ingresos al participar en algunos emprendimientos, como los sendos proyectos editoriales de la Sociedad Internacional (una rama de la International Publishing Society de Londres con sede en Buenos Aires): la Biblioteca Internacional de Obras Famosas (San Román, 2017, p. 377) y *El tesoro de la juventud* (San Román, 2017, p. 390). Si ya era difícil la subsistencia diaria del escritor uruguayo, lejos estaba de poder costear por sus propios medios el deseado viaje a Europa, ritual obligado de los escritores latinoamericanos de la época.

Para un intelectual latinoamericano carente de recursos económicos propios, los modos de acceder al viaje iniciático a Europa en el Novecientos estaban muchas veces vinculados al Estado: un cargo diplomático o una pensión de estudios. Rodó nunca recibió el anhelado apoyo del Estado para su viaje debido a su disputa con José Batlle y Ordóñez, líder indiscutido de la época y presidente por dos períodos. Rodó había sido dos veces diputado por el Partido Colorado, el mismo partido de Batlle, pero en 1911, cuando este planteó su idea del colegiado como forma de gobierno, Rodó militó en las filas anticolegialistas, lo cual le significó ver frustradas las únicas dos oportunidades concretas de viajar al exterior que se plantearon en el ámbito público.⁴ Quedaban por lo tanto cerradas las puertas (y las arcas) del Estado como camino a Europa, en una época y un país en que Estado y política partidaria formaban parte de la misma esfera hegemonizada por un fuerte líder carismático. Rodó era plenamente consciente de esta circunstancia y así lo expresó a su amigo Hugo Barbagelata en carta del 14 de enero de 1914:

Respecto a un viaje a Europa, bien quisiera realizarlo..., pero no entra eso en el número de posibilidades actuales. Ya sabe Ud. que ni de este gobierno puedo esperar atenciones, ni yo las aceptaría siendo radicalmente adversario de él y combatiéndolo, como lo combato, por la prensa. Si yo fuera argentino o chileno, habría ido a Europa veinte veces, porque en esas vecindades se cotiza un poco más alta la representación de ciertos nombres [...] Acuérdesse de lo que pasó cuando las

4 Rodó vio frustrado su primer viaje a Europa como delegado de Uruguay ante el centenario de las Cortes de Cádiz, en 1912, cuando Batlle, enemistado, lo hizo reemplazar en la delegación por Eugenio Lagarmilla. En 1909 Rodó había sido designado por el Parlamento como uno de los integrantes de la delegación uruguaya que viajaría a Brasil para celebrar la ratificación por este país del tratado Merim-Yaguarón, en cuya elaboración Rodó había participado como parlamentario. Finalmente, el viaje de la delegación uruguaya no tuvo lugar. El único viaje oficial de Rodó fue como integrante de la delegación uruguaya al centenario de la independencia de Chile, en 1910.

Cortes de Cádiz. Estas son pequeñeces de nuestro terruño, de las que no debemos hablar más que entre nosotros mismos. Pero la verdad es que el gobierno de exclusivismos y mezquindades que soporta nuestro país ha venido a extremar todos los defectos aldeanos que tanto han contribuido a cortar las alas de cuantos aquí nacieron con aspiraciones más altas que las de la vulgaridad. (Rodó OC: 1459)

Fuera ya del ámbito del Estado, el otro camino de los intelectuales para viajar a Europa era el de la corresponsalía de un órgano de prensa de su país. En el caso de Rodó esto tampoco era viable, fundamentalmente por dos razones: una estructural, relativa a la economía del mercado de la prensa de masas en el Uruguay del Novecientos, y otra de carácter político que se superpone con la anterior. La primera tiene que ver con el hecho de que tradicionalmente la prensa uruguaya de masas adoptó la práctica de comprar las notas a los diarios extranjeros en lugar de costear sus propios corresponsales. Esto resultaba sensiblemente más barato, lo cual se vincula con el reducido tamaño del mercado editorial uruguayo. Por otro lado, el diario de mayor popularidad e influencia en la opinión pública en el Uruguay de la época, *El Día*,⁵ había sido fundado y era dirigido por Batlle y Ordóñez, de quien, como dijimos, Rodó terminó siendo adversario.

En conclusión, en su propio país, Uruguay, por más talla intelectual que tuviera Rodó, dada la escasez de recursos económicos y sociales propios, junto con la obturación de las vías de financiación tanto del Estado (por razones políticas) como de la prensa de masas (por razones de escala de mercado sumadas a razones políticas), las puertas del viaje a Europa estaban cerradas para él. Solo le quedaban las oportunidades que pudieran venir de otros países, como lo fue la corresponsalía para *Caras y Caretas* en 1916.

Rodó y *Caras y Caretas*

Fundado en Buenos Aires en 1898, el semanario *Caras y Caretas* alcanzó popularidad rápidamente. Con un formato de *magazine*, una diagramación novedosa basada en la abundancia de imágenes (tanto caricaturas como fotografías), de tono ligero y con un repertorio temático misceláneo, fue acogido rápidamente por la clase media emergente recientemente alfabetizada, gracias a su novedosa propuesta y su bajo precio. A diferencia del modelo de la prensa decimonónica, siempre con un pie en lo político, *Caras y Caretas* se presentó como un órgano de prensa «sin programa», que

5 En 1901, antes de su distanciamiento con Batlle, Rodó colaboraba con *El Día*.

reconocía sin ambages el valor de la publicidad y buscaba captar a distintos sectores de ese público lector emergente. El uso de la interpelación permanente a los lectores a través de encuestas, las secciones donde se acusaba recibo de cartas o de colaboraciones que se le ofrecían, funcionaron como estrategias de reconocimiento que se mostrarían exitosas. *Caras y Caretas* representó un momento clave en la modernización de la cultura (Rogers, 2008, p. 36) e inauguró un nuevo pacto de lectura, al tiempo que formó parte de las nuevas formas de lectura extensiva que serían características de la nueva era.

Dado el prestigio alcanzado por Rodó, pero al mismo tiempo el tenor de su prosa, no proclive al estilo ligero que caracterizaba a la revista, es legítimo suponer que la contratación haya sido hecha, más que por el contenido eventual de sus notas, por el prestigio que la presencia de su nombre pudiera traer a sus páginas, en especial para el sector de sus lectores de clase media letrada.

Fue el propio Rodó quien estableció contacto con *Caras y Caretas* para ofrecer sus servicios, seguramente alentado por el hecho de que unos meses antes el semanario había enviado a Montevideo a uno de sus representantes, Julián de Charras, para entrevistarse con el uruguayo con el objetivo de publicar dos reportajes sobre su obra y personalidad. La gestión se realizó a través de un amigo que viajó a Buenos Aires y se entrevistó con el director del semanario. Al día siguiente de ese encuentro, el director de *Caras y Caretas* le escribió a Rodó para agradecerle y aceptar su ofrecimiento, al tiempo que le expresó que lo dejaba en libertad en cuanto al material a incluir en sus correspondencias, algo que ya había proclamado al presentarlo como corresponsal en la edición de del 22 de julio de 1916.

Respecto al acuerdo del contrato, Rodó se comprometía a «escribir tres correspondencias al mes, que se me retribuyen con 650 nacionales, o sea 250 oro uruguayo» (Carta a Zubillaga, OC: 1430), una suma más que respetable, ya que le permitió al escritor alojarse en buenos hoteles y llevar una vida holgada (San Román, 2017).

Las tratativas para el contrato de Rodó como corresponsal comenzaron con el viaje a Montevideo que a principios de febrero de 1916 había hecho el escritor entrerriano Julián de Charras, como representante de *Caras y Caretas* y redactor de una nueva revista de la misma editorial que se llamaría *Plus Ultra*. En dicha entrevista, De Charras le entregó Rodó un cuestionario que días más tarde sería ampliado con más preguntas.

No era esta, sin embargo, la primera vez que Rodó aparecía en el semanario porteño. De hecho, en años anteriores ya se habían publicado tres colaboraciones suyas. El 3 de abril de 1909, el *magazine* había incluido una caricatura de Rodó, en dibujo acuarelado de Cao (figura 1), uno de los más destacados artistas del órgano de prensa. La imagen ocupaba una página entera con el título «Caricaturas contemporáneas», y como epígrafe se lee: «Sus artículos le dan / fama de intenso y profundo / y le tiene todo

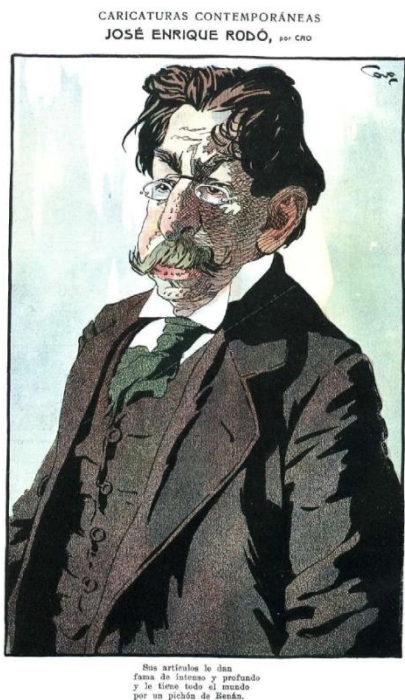


Figura 1. © Biblioteca Nacional de España



Figura 2. © Biblioteca Nacional de España

el mundo / por un pichón de Renán». A juzgar por el tamaño, el lugar en el semanario y las características de la imagen (por ejemplo, el uso del color, que era escaso), la presentación del autor uruguayo ocupa un lugar destacado para los lectores. A continuación aparece un adelanto de un texto de *Proteo*,⁶ próximo a publicarse, que ocupa una página y va acompañado de un dibujo, también en colores, esta vez de Friedrich.

El segundo texto de Rodó que aparece en *Caras y Caretas* es «Santiago Maciel», presentación del escritor y periodista uruguayo homónimo que el semanario le había solicitado, según el propio Rodó aclara. En este caso la imagen (figura 2) corre por cuenta de Dumont. Se trata de una escena en un escritorio donde Rodó aparece de pie, con gesto de presentación, señalando la figura de un Maciel sentado, es decir, replica el gesto que el texto representa. La imagen de Rodó es un montaje poco logrado, compuesto de una foto recortada de su cara sobre el dibujo de su silueta. En este caso, como en casi todos los textos sucesivos de Rodó, se sigue la costumbre de reproducir su firma autógrafa al final de la colaboración.

6 «Los mármoles insepultos».

El tercer texto («En un álbum») es el más breve, no lleva firma autógrafa, ocupa la mitad superior de una página y va acompañada de una imagen que no parece haber sido hecha especialmente para el texto, sino que bien podría ser una de tantas imágenes decorativas que solía incluir el semanario. Remite por su estética al universo clásico y femenino: son dos mujeres sentadas, con túnicas, una de las cuales sostiene una tabla, de la que lee, y la otra un globo terráqueo.

Es probable que haya sido idea de Julián de Charras, admirador confeso de Rodó, el intento de volver a colocar al uruguayo en sus páginas a comienzos de 1916, alentado quizás por la posibilidad de contarlo como un recurso de prestigio para una nueva empresa, la revista *Plus Ultra*, que «por su formato, la estructura de sus secciones y la publicidad apuntaba a sectores de clase media y alta, y dentro de ellos, en buena medida al público femenino» (Ariza, 2009, p. 82).

De la entrevista de De Charras con Rodó en febrero de 1916 surgen dos notas periodísticas: una para *Caras y Caretas* y otra para *Plus Ultra*. La entrevista de *Caras y Caretas*, publicado el 25 de marzo de 1916, apareció bajo el título: «Montevideo intelectual. Con José Enrique Rodó». Era frecuente que en el semanario aparecieran notas referidas a hechos o personalidades de provincias o ciudades del interior, algo que se señalaba cuidadosamente en la titulación, y que sin duda buscaba incrementar el público mediante estrategias de reconocimiento o interpelación de la realidad fuera de la omnipresente ciudad porteña. *Caras y Caretas* tenía muy buena circulación en Montevideo, y regularmente aparecían notas referidas a la capital uruguaya, en general vinculadas a la historia común del Río de la Plata y a eventos sociales de relevancia, como cenas u homenajes.

Siguiendo una técnica característica del reportaje periodístico, la nota de De Charras está construida con base en la ficcionalización de una entrevista del periodista argentino al escritor uruguayo en la cual habría tenido lugar el diálogo que se reproduce, pero, como sabemos, las preguntas habían sido formuladas y respondidas por escrito. Esta técnica da lugar a una suerte de dramatización del encuentro en la que se ficcionalizan silencios, pausas, miradas, gestos, es decir, recursos narrativos destinados a captar el mayor interés del público lector. La nota se detiene en la descripción de los prolegómenos de la entrevista en sí: el anuncio, la llegada al domicilio, el recibimiento por la empleada, la espera, la descripción del estudio del maestro, cierto temor ante los rumores sobre la parquedad de la personalidad del uruguayo, y el desenlace, en el que se despejan los miedos cuando el periodista encuentra en Rodó un personaje de «afabilidad extrema». El reportaje transita desde la iniciación del entrevistado en las letras, pasando por las obras y los autores que más influyeron en él, los obstáculos por los que debió transitar para lograr reconocimiento, así como algunas de sus ideas clave sobre la situación de la literatura en América Latina y en particular en el Río de la Plata, hasta concluir con un pedido de reflexión sobre la Gran Guerra.

El reportaje de Rodó publicado en el segundo número de *Plus Ultra* poco después, en mayo de 1916, aparece bajo el título «Figuras literarias» y presenta un registro de escritura bastante distinto al de su publicación hermana. Para empezar, si *Caras y Caretas* enmarcaba el reportaje en el contexto del Río de la Plata y más concretamente en Montevideo, la primera frase del de *Plus Ultra* ubica al escritor en un horizonte diferente: «Rodó es un escritor europeo nacido en América». Se expone su trayectoria, se señalan sus fuentes europeas y se enumeran sus principales obras, al tiempo que se destaca la tensión entre la vocación docente y la política. A semejanza del reportaje de *Caras y Caretas*, hay aquí también una referencia final a la Gran Guerra, pero no al conflicto en sí, sino a cómo imagina Rodó la literatura después de la guerra, es decir, un campo más restringido para un público más letrado.



Figura 3. © Biblioteca Nacional de España

Finalmente, el 22 de julio de 1916, *Caras y Caretas* dedica una página entera a anunciar: «José Enrique Rodó. Nuestro nuevo corresponsal en Europa» (figura 3). Una nota a pie de página indica que el uruguayo va como corresponsal exclusivo y destaca que ha sido el propio escritor quien ha elegido el semanario para mandar sus «impre-

siones» de viaje. El espacio de la página está ocupado por la misma foto de Rodó que había aparecido como tal y dibujada en los reportajes anteriores, rodeada por un óvalo que remeda un marco de cuadro, otro de los recursos utilizados con frecuencia y que juegan también en la imaginación de los lectores con la apelación al mundo artístico antes de la reproducción técnica.

Las crónicas y el periodista

Rodó salió de Montevideo el 14 de julio de 1916 en el buque *Amazon*. Pasó por distintos puertos brasileños y por Cabo Verde antes de llegar a Lisboa, donde recogió material para su primer reportaje. De allí se dirigió a España, pasó brevemente por Madrid y se detuvo en Lisboa, desde donde escribió los tres reportajes siguientes. En Francia solo se detuvo en Marsella, y ya el 17 de agosto ingresó en Italia, donde escribió la mayoría de las notas. Entró por Génova y recorrió la península de norte a sur por veinte ciudades⁷ y finalmente murió en Palermo el 1 de mayo de 1917.

Para tener la cabal dimensión de lo que significó el viaje a Europa para Rodó es necesario leer sus crónicas en diálogo e incluso en contrapunto con su *Diario de viaje*, algo que nos proponemos hacer en las siguientes líneas.

Sus corresponsalías desde Portugal y España —es decir, recién llegado al continente europeo— son de corte político. La primera es una entrevista al presidente de Portugal, Bernardino Machado, «el caballero que gobierna». Las tres notas siguientes fueron escritas desde Barcelona. Una es una crónica urbana (Rodó la incluye dentro de lo que denomina «Impresión descriptiva») y las otras dos (de «Actualidad política» según su clasificación) se dedican explícitamente al nacionalismo catalán, causa que Rodó revela no solo conocer, sino apoyar. En la descripción de la ciudad, Rodó expresa su admiración por el Instituto de Estudios Catalanes, al que visita. Se maravilla ante su colección cervantina, su Biblioteca, el trabajo filológico que allí se realiza, «que un día servirá para erigir el gran léxico de su lengua», así como la sección en la que «se prepara el mapa normal de las cuatro provincias catalanas».

En la descripción de la ciudad, al cuestionar por boca de un personaje el emplazamiento de una estatua a Colón, Rodó ya comienza a desarrollar su reflexión sobre el lugar de Cataluña en la historia y de qué modo a partir del descubrimiento de América el eje geopolítico que hacía del puerto de Barcelona un acceso privilegiado al comercio en el Mediterráneo se desplaza hacia Madrid, relegando a la ciudad condal y dando

7 En orden cronológico: Génova, Montecatini, Pisa, Livorno, Lucca, Pistoia, Florencia, Bolonia, Módena, Parma, Milán, Turín, Tívoli, Roma, Nápoles, Sorrento, Capri, Castellmare, Messina y Palermo.

comienzo a un proceso de dominación y subordinación por parte de las coronas de Castilla y Aragón.

Las dos crónicas siguientes, estructuradas a partir de un diálogo ficticio con un interlocutor en quien Rodó dice condensar las opiniones que ha relevado a lo largo de su estadía, son un fuerte alegato a favor del nacionalismo catalán y la justificación de la necesidad de su autonomía política. Si bien en la segunda crónica, dedicada al tema de la lengua, formula ciertas objeciones a favor del mantenimiento del castellano en aras de conservar «la unidad de nuestro mundo hispanoparlante» y facilitar la comunicación, su interlocutor ficticio reivindica «cuando menos, la facultad de optar por cualquiera de los dos idiomas en los usos de la vida pública, como se opta en Bélgica, como se opta en Suiza». Y concluye:

Nuestra última finalidad es la autonomía; la autonomía entera y cabal, con libertades comunales, parlamento propio, legislación civil fundada en la tradición y la costumbre y uso oficial de la lengua». [...] *No deseamos la separación; pero la separación llegará a ser inevitable si las resistencias a nuestro ideal de autonomía no ceden de su presente obstinación. O en otros términos: Antes mil veces la emancipación absoluta que el mantenimiento indefinido del régimen actual.* (Cursivas del original)

Si bien estas palabras están puestas en boca del interlocutor ficticio, el énfasis en los argumentos nacionalistas y la forma enfática en que son rebatidas las objeciones que Rodó plantea como periodista permiten colegir una cercanía intelectual y hasta afectiva del escritor con esta causa.

Las otras notas, que Rodó califica como de «Actualidad política», son las referidas a la guerra. Se trata de tres crónicas escritas entre Milán y Turín en noviembre y diciembre de 1916 (San Román, 2017) que aparecieron en *Caras y Caretas* en enero del año siguiente, en todos los casos con dibujos de Sirio.⁸ En la primera crónica, «Anécdotas de la guerra», Rodó parte de dos imágenes potentes. En primer lugar, la de una mujer de pueblo en Italia que aterrada huye con sus dos hijos en brazos de su aldea, que se ha convertido en un campo de batalla. Al hacerlo se encuentra entre fuegos cruzados. Al verla, los italianos deciden detener el fuego para salvarla, pero cuando corren a auxiliarla las cargas del enemigo arrecian sembrando la muerte. La segunda imagen es la de «un chicuelo heroico, «un niño sublime», «un aldeanito harapiento teñido de sol y polvo» que en pleno campo de batalla, habiendo perdido a toda su fami-

8 Alejandro Sirio o Sirio, seudónimo de Nicanor Balvino Álvarez Díaz, dibujante español nacido en Oviedo en 1890 y radicado en Buenos Aires en 1910. Desde 1914 fue asiduo colaborador de *Caras y Caretas* y de *Plus Ultra*, considerado «uno de los más importantes representantes gráficos de la época de oro de la prensa ilustrada argentina durante la primera mitad del siglo XX» (Alejandro Sirio, s. f.).

lia, se ofrece al ejército aliado para el reconocimiento de una tierra que es la suya, a fin de facilitar el avance de las tropas, y muere heroicamente en el intento. En la segunda nota («La esperanza en la Noche Buena»), el procedimiento es similar. Rodó parte en este caso de una reflexión que le surge de la imagen de una abuela que en un tren se despidió de su nieta diciéndole: «Ve, hija mía, que esta Noche Buena nos traerá la paz!».

La tercera, la mejor crónica⁹ y la más emotiva con relación a la terrible inhumanidad de la guerra, surge de «un cuaderno de memorias de un soldado austríaco, que le es facilitado al escritor por su amigo Camilo Ferrúa. En el testimonio, el combatiente había anotado no solo sus impresiones de la vida de campamentos y trincheras», sino también el sentimiento sobre el horror y la inutilidad de la guerra: «No concibo cosa más estúpida que esta guerra de medio mundo contra el otro medio, tanto más cuanto que creo que después de ella las cosas quedarán, poco más o menos, como antes». Rodó transcribe prácticamente el diario sin comentarios, y el reportaje constituye un fuerte alegato antibélico que refleja su espíritu pacifista, también contrario a un sentido parroquial del patriotismo y a favor de una mirada cosmopolita, en palabras del soldado a punto de morir: «Una estupenda cosa el patriotismo! ¿Se me reprobará que yo no lo sienta? Perdón: yo nací esclavo, pasé la infancia en Viena, la adolescencia en Budapest, tres años en Suiza, seis en París... Dígaseme en conciencia si un pobre diablo como yo, que ni siquiera sabe lo que es, pueda sentir sinceramente al patriotismo austríaco?».

Las tres notas aparecen con ilustraciones (figuras 4, 5 y 6). En la primera se ve un hombre que yace junto a un muro de piedra; en la segunda hay una abuela con su nieta; en la tercera, «un hombre boca abajo escribiendo en un cuaderno; cuaderno abierto, con una calavera encima, junto a pluma en frasco de tinta» (San Román, 2017, p. XXIV).

En las dos primeras notas sobre la guerra vemos la elaboración de un escritor experimentado como Rodó a partir de imágenes, de «instantáneas» (reales o inventadas) que, en un momento emotivo como el de las celebraciones de fin de año, apelan a la sensibilidad de los lectores. Son imágenes del repertorio melodramático (una madre que muere por sus hijos, un niño que da su vida por la patria, una abuelita que da ánimo a su nieta en medio de la guerra) que seguramente gustarían al público del semanario popular. Por otro lado, a diferencia de lo que ocurre con la tercera crónica (la del soldado austríaco), donde lo que en definitiva se subraya es el horror de la guerra para todas las partes involucradas, en esta las víctimas son no solo de grupos considerados más vulnerables (mujeres y niños), sino que además pertenecen al bando de los aliados.

La mayoría de las restantes notas son crónicas urbanas de las ciudades italianas que recorre: Pisa, Tívoli, Roma, Sorrento, Nápoles. Comienzan generalmente con una ubicación de la urbe en la historia europea: Pisa es «la batalladora, la hacendosa, la que custodió por tres siglos, contra la barbarie sarracena, el *mare nostrum* de la civilización y reconquistó a Cartago para los herederos de Roma»; Tívoli es la antigua *Tíbur*, «donde la Roma de los Césares disfrutó de los ocios de la paz, y donde pasaron dulces horas pontífices y cardenales amigos del bello vivir». Se emociona particularmente en Nápoles, «la española».

La descripción de las ciudades se detiene en los monumentos históricos y arquitectónicos, pero siempre enmarcada en una reflexión sobre su historia, es decir, en un rescate de la tradición que las ha convertido en símbolos de una cultura a la que Rodó admira. Esa tradición es lo que en una nota escrita desde Roma llama «el alma» de una ciudad: «porque una ciudad es un valor espiritual, una fisonomía colectiva, un carácter persistente y creador». También hay notas dedicadas específicamente a algunos monumentos, como al castillo Sant Angelo o al David de Miguel Ángel y el Perseo de Benvenuto Cellini a través de un diálogo imaginario entre ellos.

El *Diario de viaje* nos revela aspectos significativos que no necesariamente aparecen en las crónicas. Por ejemplo, que, además de visitar los sitios de patrimonio artístico o arquitectónico célebres, Rodó no deja de hacer las visitas del bibliófilo de alma que era. No solo admira desde el exterior las bibliotecas nacionales de Lisboa, Madrid o Florencia, sino que consulta sus archivos, a menudo en busca de datos para sus crónicas. También recorre las librerías (donde a veces lo reconocen) y compara las de una y otra ciudad. A menudo se queja de que se le cobra exceso de equipaje en los trenes, lo cual bien puede deberse al hecho de que compra libros o los recibe como regalo y los lleva consigo a lo largo de su periplo. Por otro lado, también visita las sedes y, si es posible, las redacciones de los diarios, como el *Jornal de Comercio* o *La Gazette de Noticias* en Río, *El Heraldo* de Madrid, el *Corriere de Italia*, *La Gazzetta del Poppolo*.

Sus notas nos revelan al periodista serio y disciplinado en su trabajo. Deja constancia de cuándo empieza cada nota y cuándo la envía, y en esa tarea se puede ver la regularidad de un profesional: cada nota le insumía aproximadamente diez días, lo cual se ajustaba a su contrato, que establecía tres notas mensuales. Rodó nunca dejó de cumplir con esos términos y en sus cuadernos de borradores se puede ver un trabajo minucioso e interminable de redacción y revisión constante, de tachaduras y reescrituras que convierten estos manuscritos en documentos crípticos que muestran el rigor con el que trabajaba su prosa.

Por otro lado, contrariamente a la imagen difundida de Rodó como un escritor retraído, solitario y hasta misántropo, que viaja a Europa sumido en la decepción y casi buscando la muerte lejos del país que lo ha abandonado, la que surge de su diario de

viaje es la de un hombre sociable, curioso, infatigable, que frecuenta y busca los placeres de la vida.

Su crónica «Cielo y agua» desde el *Amazon* no menciona a otro ser humano que un niño desconocido, pero su diario deja constancia de charlas, juegos, bailes, cenas, y un recurrente y marcado interés (como a lo largo de todo su viaje) por las mujeres.¹⁰ Por otro lado, contrariamente a la imagen de un Rodó dedicado únicamente a lo intelectual, el diario nos revela a un hombre que gusta de recorrer las ciudades por la noche y asiste a espectáculos de varieté, ópera, opereta o cine prácticamente a diario, por lo menos cuando no está invitado a una cena. Al llegar a Lisboa consigna: «En busca del Moulin Rouge». Casi todas las noches que pasa en Florencia anota: «De noche - Folies Bergeres». No faltan tampoco claras referencias a direcciones de prostíbulos,¹¹ a prostitutas¹² o a encuentros sexuales con mujeres.¹³ Tampoco deja de consignar hechos como la asistencia en Montecatini a un «scherzo lascivo estilo Moulin Rouge» y a una «serata rosa (pornográfica)». Siempre son anotaciones que Rodó consigna con sobriedad, casi en clave.

Finalmente, resulta interesante observar que el itinerario que inició el 14 de julio de 1916 es muy diferente del que había planeado más de una década atrás. En el borrador de una carta a su amigo Piquet que Roberto Ibáñez data en 1905, se lee:

Iré primero a Madrid, a fin de ver terminada la impresión de mi obra. De ahí pasaré a Salamanca, a ver a Unamuno: a Oviedo a ver a Altamira y Posada: a Sevilla a ver a Rueda; a Valencia a ver a Blasco Ibáñez; todo de paso. Terminaré mi jira [sic] por Barcelona, solo a fin de conocer la tierra de mis abuelos, y de allí tras brevísima permanencia, me pondré en Italia [...] y de Italia, después de dos me-

10 «La pernambucana», «la rusa», «brasileira interesante, aunque no bonita», «la francesita», «la donosa hija del portugués liliputiense», «las dos ninfas que encontramos en la Cannebière», «la monona menudita», «la rubia flaca», «la chiquilina», «las empleaditas del Crédit Lyonnais», «la gran fumata de la francesa», «mujercitas empleadas», «la linda morocha del Restaurante de Livorno», «Encuentro con Elda Guerrini, la egipcia», «la canzonetista de pelo rubio, largo», «la bella y delgada pelinegra del ferrocarril», «la monísima *bonne* (Aurora)», «las napolitanas muy monas, género fino, en el Restaurant», «la del paraguas», etcétera. En Génova escribe: «Por qué las genovesas tienen las piernas tan rollizas». Hay nombres de algunas mujeres que se repiten a lo largo de varios días y también una mención a «la rubia flaca en el lecho». El hecho de que cada entrada del diario tenga en promedio entre 8 y 15 líneas, de enumeración en forma telegráfica, con yuxtaposición de frases sin redacción, y que dentro de esas pocas frases haya con frecuencia una dedicada a referirse a una mujer bajo las formas citadas en este apartado, nos parece elocuente de su claro interés por el sexo femenino. No hay menciones equivalentes referidas al sexo masculino, con lo cual una de las suposiciones manejadas por biógrafos o críticos de Rodó, como Molloy, con relación a su hipotética homosexualidad, parecen quedar descartadas.

11 «Nardones 98 - Ana o Emilia - rusa de Odessa - 5 francos», consigna en Nápoles.

12 «La grisette rubia que encontramos con Léban», «bromas sobre las grisettes». *Grisette* era un término para referirse a una prostituta.

13 «La rubia flaca en el lecho».

ses de estadía en París, donde permaneceré cuatro meses; y a Londres, donde quedaré un mes —hasta marzo de 1906, en que regresaré a mi país— para ver cómo están las cosas; luego, según todas las probabilidades, regresaré a Europa para radicarme definitivamente desde fines de 1906. (Rodó OC: 1351)

El texto sugiere varios aspectos interesantes. En primer lugar, que Rodó pensaba hacer originalmente una suerte de viaje exploratorio para preparar su futura radicación definitiva en Europa; es decir, todavía confiaba en una carrera ascendente que alcanzaría su punto máximo con su establecimiento en el viejo continente. Era 1905, un año antes de su disputa definitiva con Batlle y Ordóñez. Rodríguez Monegal (1967) sostiene que la frustración de este plan se dio por dificultades económicas, notablemente por préstamos usurarios de los que Rodó fue víctima (los «vampiros» a los que alude Pérez Petit). Sostiene que confió en amigos, apelando a la honorabilidad, y que estos lo decepcionaron, por lo que 1906 fue para Rodó un año aciago, de grandes penurias económicas.

En segundo lugar, el texto sugiere que en ese momento el interés primario de Rodó era fortalecer sus redes intelectuales encontrándose con personas con las cuales hasta el momento solo había mantenido contacto epistolar, así como supervisar la publicación de su *Proteo* en Madrid, un deseo que no llegó a concretarse. Si bien Rodríguez Monegal (1967) sostiene que aquellos encuentros no se dieron porque al ser verano la mayor parte de los interlocutores estaba de vacaciones, es legítimo preguntarse si fue eso lo que determinó el cambio de itinerario o viceversa, es decir, si Rodó no decidió cambiar su recorrido por otras razones. Una causa bastante simple —además de las variaciones en los intereses y amistades que se dan con el correr de los años—, es el hecho de que Rodó estaba viajando ahora a un continente en guerra. Tiene sentido quizás no haberse detenido en España, a la que podría volver en los meses siguientes, y apurar sus pasos para llegar a Italia, territorio en guerra cuyo ingreso o permanencia podía verse amenazado en cualquier momento. Por otro lado, aparentemente en 1905 planeaba viajar por sus propios medios —por lo tanto, en total libertad—, mientras que en 1916 viajó con un contrato de trabajo.

Lo que es evidente es que en este viaje, según se constata en su diario, Rodó no buscó —o no pudo, o no quiso— hacer de los contactos intelectuales el centro de su viaje. Es cierto que se encontró con algunos intelectuales: en primer lugar, dentro del campo literario, con Juan Ramón Jiménez en Madrid; en Barcelona se reunió con dos catalanistas muy destacados, Rafael Vehils i Grau y Lluís Durán i Ventosa; también visitó el taller del artista uruguayo Guillermo Laborde, que estaba becado por el Estado uruguayo en Milán, y del italiano Ángel Zanelli, ganador del proyecto al monumento a Artigas en 1913. Pero los contactos de referencia más constantes se dieron con re-

presentantes diplomáticos de su país.¹⁴ En su diario se advierte que estas vinculaciones le fueron de gran ayuda: a veces lo iban a buscar a la estación de tren, lo invitaban a su casa, le facilitaban los periódicos y noticias recientes del Uruguay, lo ponían en contacto con compatriotas o con otras legaciones extranjeras, le facilitaban imágenes para sus reportajes, incluso tal vez fueran ellos quienes anunciaban en diarios locales el arribo del *maestro* a una ciudad.¹⁵

A modo de cierre

Vale la pena recordar que la corresponsalía de Rodó surgió en el contexto de una región como el Río de la Plata, donde la profesionalización del escritor se dio comparativamente temprano —al menos en Buenos Aires, su eje cultural—. Rodó, si bien era uruguayo, orbitó, como buena parte de sus compatriotas escritores, en torno a la capital argentina para poder desarrollarse profesionalmente. El diario *El Día* de Batlle y Ordóñez podía ser muy popular, pero, aun si Rodó no se hubiera enemistado con Batlle, este periódico no tenía como política enviar corresponsales al exterior, ya que, dado el tamaño del mercado local, le salía más barato comprarles las notas y corresponsalías a los diarios argentinos para satisfacer a su público, una práctica que todavía subsiste. Rodó, a su vez, ofrecía a la prensa argentina un nombre de prestigio, que era valorado por los lectores de las clases medias y también por los periodistas, quienes lo reconocían como uno de los suyos a la vez que no lo veían como competencia por ser extranjero y no vivir en el país.

Para Rodó, a diferencia de otros escritores latinoamericanos que ejercieron la corresponsalía, la crónica no fue un elemento de profesionalización porque ya era un escritor de oficio asentado. El viaje para él no tenía un objetivo profesional, sino que era un medio para un fin personal, aunque lo asumió con el profesionalismo que le había ganado su experiencia desde muy joven en las letras. Cada una de las notas que envió fue rigurosamente pensada, preparada, investigada, a la vez que su denso capital cultural le sirvió como argamasa en la elaboración. La noticia o la novedad no eran la característica principal de sus reportajes. Europa ofició en cierto modo como detonante de reflexiones cuyo fermento era en realidad el capital simbólico activado por la vivencia interior de su propia experiencia de contacto cultural.

Todo escritor latinoamericano que escribe desde Europa para su continente es en cierto modo un *outsider* que debe realizar una operación de transposición y reela-

14 Rodó llevaba una lista de los diplomáticos uruguayos en Europa adjunta a su cuaderno de notas.

15 En Lisboa el barbero le dice: «Ya vi en el diario lo que dicen de su personalidad». Acota San Román (2017) que una nota en la que se anunciaba la entrevista que Rodó le había hecho al presidente Salazar apareció en el diario *O Século* con foto de Rodó.

boración de significados. Pero Rodó es un *outsider* bastante particular, por su cosmopolitismo, la amplitud de su formación humanística y su firme convicción de que las raíces grecolatinas son la base que hace posible la especificidad y la potenciación de nuestra cultura latinoamericana, aun en sus vetas autóctonas. No es que no haya en sus notas rasgos provincianos, como el clásico gesto de comparar lo nuevo con las referencias locales —por ejemplo, al referirse a Bahía como la «Montevideo de los trópicos»—, pero predomina aquella con la que enfrentó el mar desde el *Amazon*: la de «un griego con los ojos de la Odisea», que ya señalaba en su primera crónica, «Cielo y tierra», con la que se adentró en el mar que lo llevaría a Europa, su Ítaca.

Otro aspecto interesante que surge del contraste entre las crónicas y otros documentos de viaje es el claro límite que Rodó establecía entre lo público y lo privado: por un lado la vivencia de los placeres sensoriales de la vida y por otro la escritura como ámbito de reflexión no sombrío (porque estas crónicas no son sombrías), sino como lugar de indagación y curiosidad intelectual. Sus últimas semanas, su enfermedad y su muerte, asociadas con las circunstancias de su partida del país, contribuyeron a que la imagen de su escritura borrara la humanidad y la bonhomía cotidiana de su figura.

El verdadero tenor de las crónicas de Rodó no puede ser dimensionado adecuadamente si no se lo pone en relación con su diario de viaje, su cuaderno borrador de notas y todos los documentos relativos a su travesía. Allí es que se ve al escritor como artesano (escribir, tachar, reescribir, borrar) y como profesional (comprar libros, consultar archivos, charlar con amigos sobre sus notas, cumplir con plazos y extensión, realizar los envíos a tiempo). También se ve allí la autonomía concedida por el semanario, y el liderazgo que asumió tanto al elegir su itinerario (que resultó un verdadero camino de Paros) como sus temas. Sus crónicas no son crónicas modernistas típicas. Aparecen allí la vida urbana, las multitudes, la velocidad, pero no son las protagonistas. Rodó mira el presente, pero siempre a la luz de la historia cultural de la que forma parte y que se hunde en la Antigüedad grecolatina. No quiere un regreso al pasado; no es un *reaccionario* (en el sentido literal del término): es alguien que no reniega del presente, sino que vibra con él, aun cuando no renuncia a seguir viendo en el pasado el foco que lo ilumina y le da vida.

Bibliografía

- AÍNSA, F. (2000). «La perspectiva americana de José Enrique Rodó desde el Capitolio de Roma». *CUYO. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, n.º 17, pp. 75-87. Disponible en http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/1008/ainsacuyo17.pdf.
- «Alejandro Sirio». (s.f.). En *Wikipedia*. Disponible en https://es.wikipedia.org/wiki/Alejandro_Sirio.

- ALTAMIRANO, C. y B. Sarlo (1983). «La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos», pp. 161-199. En C. ALTAMIRANO y B. SARLO, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel.
- ARIZA, J. (2009). «Bellezas argentinas y *femmes de lettres*. Representaciones de la mujer en la revista ilustrada *Plus Ultra* (1916-1930)», pp. 81-106. En L. MALOSETTI COSTA y M. GENÉ (comps.), *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa.
- BENEDETTI, M. (1966). *Genio y figura de José Enrique Rodó*. Buenos Aires: Eudeba.
- COLOMBI, B. (2004). *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- DREWS, José Pablo (2013). «Estampas desde las trincheras: José Enrique Rodó y su lectura de la Gran Guerra», *Thémata*, vol. 48, pp. 135-142.
- FERNÁNDEZ, C. B. (2015). «Ariel en la Gran Guerra: notas sobre las crónicas europeas de José Enrique Rodó». *Creneida. Anuario de Literaturas Hispánicas*, n.º 3, pp. 261-278.
- FRASER, H. (1987). *Magazines & Masks: Caras y Caretas as a Reflection of Buenos Aires (1898-1908)*. Tempe, Center for Latin American Studies, 1987.
- GÚIRALDES, R. (1915). *El cencerro de cristal*. Buenos Aires: Librería La Facultad.
- LAFLEUR, H.; S. PROVENZANO y F. ALONSO (2006). *Las revistas literarias argentinas (1893-1967)*. Buenos Aires: El Octavo Loco.
- MALOSETTI COSTA, L., y M. GENÉ (comps.) (2009). *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa.
- MORAÑA, A. (2002). *La fiesta de la modernidad. La revista «Caras y Caretas» (Argentina, 1898-1910)*. Columbus: The Ohio State University.
- MORAÑA, A. (2016). «Balconeando la historia. La primera Guerra Mundial en *Caras y Caretas*». *Hispanamérica*, n.º 135, pp. 35-44.
- PRATT, M.L. (1992). *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. Londres y Nueva York: Routledge.
- RAMA, Á. (1970). *Rubén Darío y el modernismo. Circunstancias socio-económicas de un arte americano*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- RAMA, Á. (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- RAMOS, J. (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- REAL DE AZÚA, C. (1976). Prólogo a *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- RIVERA, J.B. (1998). *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires: Atuel.
- RODÓ, J.E. (1967). *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- RODÓ, J.E. (1976). *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- RODÓ, J.E. (2017). *Escritos europeos*. Montevideo: Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 205. Prólogo y notas de G. San Román.

- RODRÍGUEZ MONEGAL, E. (1967). Introducción, prólogo y notas a *José Enrique Rodó. Obras completas*, pp. 19-139. Madrid: Aguilar.
- ROGERS, G. (2008). *Caras y Caretas: cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX argentino*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- ROMANO, E. (2004). *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires: Catálogos.
- ROMANO, E. (1999). «La irrupción rioplatense del semanario ilustrado y algunos de sus efectos sobre el campo intelectual», pp. 79-90. En S. SOSNOWSKI (ed.), *La cultura de un siglo: América Latina en sus revistas*. Madrid y Buenos Aires: Alianza.
- RUFFINELLI, J. (1968). *La revista «Caras y Caretas»*. Selección y prólogo. Buenos Aires: Galerna.
- SAN ROMÁN, G. (2017). Prólogo a J. E. RODÓ, *Escritos europeos*. Montevideo: Clásicos Uruguayos, vol. 205.
- SAN ROMÁN, G. (2018). *A Companion to José Enrique Rodó*. Woodbridge: Tamesis.
- SISKIND, M. (2016). «La primera guerra mundial como evento latinoamericano: modernismo, visualidad y distancia cosmopolita». *Cuadernos de Literatura*, vol. 20, n.º 39, pp. 230-252.
- SZIR, S. M. (2009). «Entre el arte y la cultura masiva. Las ilustraciones de la ficción literaria en *Caras y Caretas* (1898-1908)», pp. 109-139. En L. MALOSETTI COSTA y M. GENÉ (comps.), *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa.